

## **LA CAMPAÑA DE NAPOLEON EN RUSIA JUZGADA POR JOSE DE MAISTRE**

Por

ENRIQUE DE GANDÍA

Los últimos seis años del imperio de Napoleón fueron sacudidos y llevados a sus últimos extremos por dos presiones gigantescas: la revolución española, estallada en Madrid el 2 de mayo de 1808 y la retirada rusa de 1812 que significó el comienzo del fin para las fuerzas francesas.

La revolución de España ha sido evocada por grandes historiadores españoles y por un novelista de talento que se documentó a fondo en archivos y tradiciones: Benito Pérez Galdós. Un argentino, Tomás de Iriarte, dedicó un tomo de sus memorias a los episodios que le tocó vivir. La resistencia rusa ha sido estudiada igualmente por especialistas de Europa y América del Norte. Hay un testigo que aún no ha sido analizado a fondo. Sin embargo, este testigo, José de Maistre, piamontés nacido en Chambéry, ministro del rey de Cerdeña en Rusia, ofrece en su correspondencia diplomática un cuadro, amplio y analítico, de la campaña de Napoleón, de 1812, que terminó con la toma de Moscú, lleno de observaciones sutiles y detalles sorprendentes. Es Napoleón visto desde Rusia. Este diplomático, a menudo incomprendido, representa, por su imparcialidad, su veracidad y la rapidez con que transmitía las noticias, la fuente de valor psicológico y político más extraordinaria de esos momentos. No ha mucho fue descubierto

y publicado el diario de esa misma campaña escrito por el marqués de Caulaincourt. Nosotros lo hicimos traducir en la Argentina y acompañamos con un prólogo. Esta vez volvemos a las páginas olvidadas de José de Maistre.

La primera parte de las *Mémoires politiques et correspondance diplomatique de Joseph de Maistre, avec explications et commentaires historiques*, fue publicada en París, en 1858, por Albert Blanc, doctor en derecho de la Universidad de Turín. Una segunda edición, corregida, apareció en 1859. Al año siguiente, también en París, aparecieron otros dos tomos dedicados a la *Correspondance diplomatique de Joseph de Maistre* de los años 1811-1817, recogida por el mismo doctor Albert Blanc.

José de Maistre, diplomático piemontés, era más conocido como filósofo que como hombre de Estado. A él pertenecen las inolvidables *Veladas de San Petersburgo*, donde escudriña, en diálogos que podrían parecer reminiscencias de los socráticos o renacentistas, la doctrina del providencialismo y los misterios de la culpa y del culpable. En Rusia representaba a Carlos IV de Saboya. Tenía entonces —cuando empezó a escribir las cartas que vamos a analizar— unos cincuenta y nueve años, pues había nacido en 1753. Además de filósofo y diplomático era un político: fino, intuitivo y prudente. Fue testigo de inquietudes inmensas, en que estaba en juego el destino del mundo. Napoleón representaba, en muchos sentidos, este destino, y los reyes esperaban el suyo con la aparente tranquilidad del jugador que ha puesto en una carta toda su fortuna. Durante mucho tiempo se ha dicho que Maistre fue un fanático y un absolutista. Su gran amiga, madama Swetchine, lo negó rotundamente. Era un católico que admitía la providencia y también la libertad del hombre. Hace más de un siglo, Albert Blanc podía decir que, en esos últimos tiempos, la crítica había modificado grandemente sus juicios sobre José de Maistre. Baste decir que la edición de su correspondencia, hecha en París en 1860, fue emprendida con

la adhesión del conde Camilo Benso de Cavour, el indisecutado liberal que logró la unidad de Italia.

En febrero de 1811, Maistre informaba a su gobierno que en Rusia se hablaba de la guerra contra Francia como de un objeto que no debía inspirar la más ligera alarma. No obstante, los tiempos eran tristes, las pasiones se mezclaban en los debates políticos, las diferencias de opiniones producían juicios ofensivos y, como consecuencia, odios, y en una época en que los hombres se habían entregado a tantas culpas, no querían perdonarse ninguna. En Rusia se sabía muy bien que Napoleón se creía en condiciones de atacarla, pero, previamente, quería terminar con España. El problema de España era inquietante para Napoleón. En Rusia se contaba con España para disuadir a Napoleón de una nueva empresa. Napoleón se había enemistado con sus generales. Un ministro extranjero, de un país sometido a Napoleón, había dicho, en *petit comité*, refiriéndose al emperador: "No hay más remedio que hacerlo encerrar como loco".

Maistre seguía, desde Rusia, con ojo atento, la evolución militar y política de España. Es en extremo interesante detenerse en sus observaciones. Ellas vienen a dar la razón a los actuales historiadores españoles y a nuestras propias investigaciones, que ven en España, junto a las batallas gloriosas y a los desastres, a la vez terribles y fecundos, un ansia ardiente de rechazar el pasado, de reformar el presente y reorganizar el futuro. Es lo que ha hecho comprender, por fin, a los modernos historiadores, que la llamada revolución hispanoamericana no lo ha sido nunca en contra de España, sino en contra de Napoleón, y que, más que una revolución, ha sido una rebelión en contra del viejo despotismo de trescientos años que había culminado en los indignantes abusos de Manuel Godoy, el Príncipe de la Paz. Maistre, entre el 24 de mayo y el 5 de junio de 1811, escribía estas líneas:

Los españoles se cubren de gloria; pero me parece que decretando la constitución de Inglaterra no han dado prueba de una gran sabiduría. Esta constitución no puede ser transplantada. Hay, sin duda, que admirarla, pero dejarla donde está. Los pueblos del continente europeo no tienen otro interés que el de mantener la monarquía europea o cristiana (es la misma cosa) tal como existía desde largo tiempo. A través de todas las locuras de los hombres en el orden político, Su Majestad verá siempre sobrenadar un principio divino.

Los juicios de Maistre no podían ser más exactos ni más proféticos. Los historiadores modernos españoles están de acuerdo en reconocer que las leyes liberales de Cádiz no hallaron un ambiente propicio, pues el pueblo amaba la majestad absolutista del rey. Algo dice de nuevo Maistre respecto a las influencias políticas que tuvieron los constitucionalistas de Cádiz. El espíritu que los animó no fue el revolucionario francés, como ha repetido más de un comentarista, sino el inglés. Pero esta influencia no se adaptaba al espíritu español ni al europeo, profundamente monárquico. Maistre elogiaba los esfuerzos dirigidos a la supresión de los abusos, pero se oponía, con todas sus fuerzas, a la alteración del principio de las monarquías. Por ello temía que los españoles cayeran en "algunas exageraciones. Si alguna vez —agregaba— se libran del temor exterior, Su Majestad verá qué escenas darán al mundo". Francamente, no puede exigirse un vaticinio más acertado, pues nadie olvida los choques que se produjeron con el regreso de Fernando VII, en 1814, la revolución liberal de 1820 y la sucesiva represión de los cien mil hijos de San Luis con el duque de Angulema.

A continuación, con otras pocas líneas, Maistre explica unos hechos cuya dilucidación ha costado muchas páginas a los historiadores de nuestro tiempo. "Los excesos intolerables del Príncipe de la Paz —decía— y su funesto origen han puesto en todos los corazones españoles un entusiasmo de reforma que no se parece en nada a las locuras francesas". Es una réplica más a los antiguos sostenedores de la influen-

cia de la revolución francesa en las reformas españolas y en su repercusión en América. Maistre seguía los acontecimientos de España con interés sumo. Era un hombre de gran cultura y advertía a la perfección que el afán de reformas que agitaba a España no tenía ninguna relación con las innovaciones que había producido el movimiento de 1789.

El temor de la guerra con Francia se iba convirtiendo en realidad. El ministro francés, el marqués de Caulaincourt, se había despedido, llorando, primero de la princesa Wesemski y después de la hermosa María Antonia. Esta última así lo había asegurado. Por ello Maistre lo clasificaba de "Charmant pleureur!". Caulaincourt sin duda no pensaba que volvería con Napoleón y que su regreso, que él describiría en unas memorias impresionantes, sería uno de los desastres más grandes de la historia. En el mismo mes de mayo de 1811, el emperador de Rusia se había caído del caballo y herido gravemente. Al mismo tiempo se sabía que Napoleón amenazaba deponer al Papa y hacía todo lo posible para que Rusia fuese atacada por Persia y Turquía. Maistre tenía la esperanza que algún día el emperador de Austria, que había entregado su hija como esposa a Napoleón, se levantase contra él. Entre tanto, se consolaba al ver que los jesuitas hacían grandes progresos en Rusia, protegidos por el emperador. Sabido es que la extinción de los jesuitas debía cumplirse en los lugares en que fuese leída la bula papal que así lo disponía. En Rusia, en Estados Unidos y en otras partes, la bula no había sido leída y los jesuitas continuaban en sus puestos. Maistre temía que las ideas revolucionarias pasasen del pueblo al soberano. El emperador de Rusia era un gobernante de ideas democráticas. Cuando le presentaron una muestra de la nueva moneda que llevaba su efigie, la rechazó diciendo: "Esta moneda no me pertenece; es de mi pueblo". Un hombre del pueblo, decía Maistre, que hablase contra la autoridad del soberano me daría menos miedo que esta palabra. Maistre, por otra parte, había leído un escrito, "muy secreto y muy

importante”, que hablaba del “papel que los judíos desempeñan en la actual revolución y su alianza con los iluminados para la destrucción capital del Papa y de la casa de Borbón”.

Es necesario confesar que los historiadores modernos han descuidado la importancia que las sectas religiosas y secretas de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX han tenido en la política internacional que terminó con el despedazamiento del imperio hispanoamericano. Maistre sabía en Rusia que los iluminados y judíos trabajaban unidos en contra del Papado y de la casa de Borbón. Conocidos son los ataques que recibió el catolicismo en esa época y notorio es el espíritu anticatólico que inspiró a gran número de actores de la guerra de la independencia hispanoamericana. Los iluminados o, más correctamente, los alumbrados, eran reformadores, fuertemente fanatizados, que pertenecían a la secta fundada en 1776 por el bávaro Adán Weishaupt. Este hombre vivía en tiempos de Maistre y predicaba la fraternidad universal. El mismo Maistre, en sus *Veladas de San Petersburgo*, definía muy bien a los alumbrados. A su juicio se alimentaban con el espíritu de San Francisco de Sales, de Fenelón, de Santa Teresa y de madame Guyón, “cuyos escritos saben de memoria”. En realidad eran quietistas, creyentes en el anonadamiento de la voluntad para unirse más perfectamente con Dios. Los iluminados no coincidían con los protestantes y en su organización contaban con grados superiores a los cuales no llegaban los iniciados. Maistre no identificaba a los alumbrados o iluminados con los franmasones; pero reconocía que todos los iluminados que había conocido en Francia eran también masones. Su dogma fundamental, explica Maistre en sus *Veladas*, era que el cristianismo, tal como lo conocíamos, “no es más que una verdadera *logia azul* hecha para el vulgo”, y que dependía del hombre de voluntad elevarse de grado en grado hasta conocimientos sublimes. Este cristianismo, que los alemanes llamaban cristianismo transcendental, estaba fuertemente influido por los masones y en alianza con los judíos. Indudable-

mente, en el mundo había ideas nuevas que atacaban tanto el catolicismo como el absolutismo. Rusia, la Santa Rusia, daba un ejemplo, que para Maistre era escalofriante, con su propio emperador, cada vez más inclinado "hacia las ideas modernas". Cierta vez que el conde de Strogonoff quiso convencer al emperador que en Rusia no se necesitaban talentos extranjeros, pues los poseían todos, el emperador le contestó: "Si es así, deme usted vino de Madera", y le presentó su vaso. Rusia, indudablemente, no tenía un vino tan dulce como ese exquisito vino portugués. Strogonoff vivía al estilo de los viejos nobles rusos. En su gran palacio no tenía una habitación en donde dormir y se acostaba sobre un diván o un catre de campaña que hacía colocar en cualquier parte. Al mismo tiempo, ese anciano vivía con una jovencuela alemana que todo el mundo conocía.

Maistre se enorgullecía de que en Rusia no se le considerase extranjero. Por ello se interesaba tanto por el bienestar y la suerte de ese país. Los alumbrados odiaban a los jesuitas y trataban que sus colegios fuesen dirigidos por las Universidades. El emperador quería proteger a los jesuitas, pero no se resolvía a entregarles una Universidad que reclamaban en Polonia. Por fin, en enero de 1812, Maistre pudo informar al rey de Cerdeña que el colegio de los jesuitas de Polock había sido erigido en academia con todos los privilegios de las Universidades del imperio. La orden progresaba en San Petersburgo, en Londres, en Baltimore, en Alemania. Y también avanzaban los preparativos para la guerra con Francia. Eran inmensos. Rusia contaba con un ejército de novecientos mil hombres. Luis XIV había inquietado a toda Europa. Napoleón hacía combatir las naciones en vez de los ejércitos. El déficit, en Rusia, excedía los cien millones de rublos. Había que crear nuevos impuestos, por completo impopulares. Pero el gran temor de Maistre era lo que ocurría en España: la reacción liberal española hacía temblar a este diplomático piemontés en Rusia. A su entender, todo se habría solucionado

si el rey de España se hubiese casado con una princesa francesa. Entre tanto, “las cabezas exaltadas que actúan hoy en España —decía— y que piensan tanto en restablecer la monarquía como estaba como en hacerse turcos (cosa que he tenido el honor de anunciar a Su Majestad desde los orígenes) caen en excesos que son, sin embargo, buenos, como es bueno el sublimato corrosivo para expulsar otro veneno terrible”. La guerra tenía esa fuerza, y era de esperar que Napoleón se hartase de perder sangre inútilmente en España y la abandonase a su destino.

Napoleón era el demonio. Maistre pensaba que si Rusia, Inglaterra, Suecia, Turquía y Prusia se unían, darían mucho quehacer a Napoleón y una sola batalla podría derribarlo. Suecia, de pronto, se declaró contra Francia. Napoleón recomendó al rey de Prusia que mediara con Rusia. La primera condición era el cierre absoluto de todos los puertos. No podía imaginarse nada más insultante. Napoleón quería cerrar Europa al comercio inglés. Maistre confiaba en que el emperador de Rusia no accedería, a menos que las noticias de España lo descorazonasen. Los franceses avanzaban en España; pero los españoles hacían milagros. Maistre empezaba a reconocer que esa resistencia asombrosa era inspirada por su espíritu revolucionario. “El espíritu que exalta a esa nación —escribía Maistre en febrero de 1812— la sostendrá todavía”. Y agregaba: “Las exageraciones que se han podido reprochar a los españoles, lejos de ser un mal, son un bien por lo menos relativo, y, a pesar de que el espíritu revolucionario los domina hasta un punto considerable, deja sin embargo percibir un cierto elemento moral y lógico bien extraño al delirio francés. Que dios los bendiga. Las exageraciones, los errores terminarán, la verdad y el buen derecho seguirán en su sitio”.

La guerra llegó. En Rusia se pensaba que el emperador Alejandro sería derrotado en los comienzos, pero que luego se sostendría. Desde los tiempos de las antiguas migraciones, decía Maistre, no se habían visto quinientos mil hombres arma-

dos avanzar de uno y otro lado para degollarse. En Francia se había hecho una conscripción de cien mil hombres. Europa parecía no advertir el drama que vivía. La caída de la casa de Borbón era, para Maistre, “el más terrible acontecimiento de la historia moderna”. El hombre que podía mirar con sangre fría una de las más respetables potencias del mundo envuelta en esa red era un tonto o un insensible. Entretanto, Prusia había sido arrasada por Napoleón. El rey había huido a Silesia. Había querido oponerse con cien mil hombres a los seiscientos mil de Napoleón. Los campesinos habían matado sus animales. Los oficiales se habían suicidado. Napoleón esperaba que el cierre del comercio hundiría a Rusia. Alejandro I se hallaba en Vilna y Napoleón en Varsovia; pero pronto el Zar había tenido que huir y Napoleón había entrado en esa ciudad. Maistre descubría, asombrado, el plan que el emperador iba a desenvolver frente a Napoleón: hacerle una “guerra a la española, sin dar una batalla”. Polonia era abandonada. Los rusos se retiraban frente a los franceses, destruían todo, no dejaban un caballo, una vaca, una oveja, una gallina. Los franceses llegaban como bestias feroces y hambrientas. Iban descalzos, semidesnudos, sin pan, sin paga, con un fusil que sólo abandonaban, por un instante, para saquear lo que había podido escapar a la destrucción. “El principal autor del sistema ruso —decía Maistre— era un oficial prusiano llamado Pruhl, especie de profesor de táctica antigua y que había penetrado grandemente en la confianza del emperador”. Este Pruhl se había hecho famoso por su predicción de que los españoles no podrían resistir un año. No tenía más espíritu que el de un cañón y se había equivocado de medio a medio. Maistre dudaba de la excelencia de ese plan. Sin embargo, sabía que los franceses estaban furiosos, pues habían propalado que terminarían la guerra en dos meses. El gran ejército de Napoleón sólo tenía un quinto de franceses: el resto estaba compuesto por alemanes, polacos, italianos, piemonteses y españoles. El hambre, en ese ejército, era terrible. Si Napoleón

avanzaba se ponía cada vez en mayor peligro. Una retirada como la de Massena en Portugal habría sido desastrosa. Regresar en una llanura inmensa, frente a una caballería fresca, habría sido el mayor de los errores. Maistre, mucho antes de los acontecimientos, los preveía. Los soldados rusos no querían volverse sin combatir, pero se les explicaba que, si lo hacían, era porque les convenía. El emperador estaba dispuesto a atraer a los franceses hasta el Volga. Si Napoleón seguía avanzando se encontraría con el príncipe Bagration a las espaldas, con fuerzas enormes. El genio de Napoleón no advertía la trampa rusa. Tampoco lo advirtió, ciento cincuenta años más tarde, aquel otro genio maléfico que se llamó Hitler.

En una última esperanza, Alejandro I había enviado a hablar con Napoleón al general Balachoff, gobernador militar de San Petersburgo. Se habían encontrado en Covno. Napoleón le había dicho: “¿Qué hace vuestro emperador a la cabeza de sus ejércitos? Que se quede tranquilo en su capital, para gobernar sus Estados. En cuanto a mí es diferente; yo hago mi oficio”. Maistre se refería a su tiempo como el siglo de las destrucciones. La paz había sido hecha con los turcos. Rusia aseguraba la independencia de Servia. En junio de 1812, Maistre tenía informaciones de que los franceses no estaban tan hambrientos como se decía. El empeño del zar de querer mandar sus tropas resultaba fatal. Hasta se temía, en caso de una derrota, su huida a Inglaterra, siempre que hubiera sido posible. Los desastres de Austerlitz y de Friedland no habían convencido al emperador que ellos se habían debido únicamente a su presencia. El prejuicio de que un soberano debía mandar a sus tropas no abandonaba a Alejandro. Napoleón se aprovechaba del plan del general Pruhl, que había aconsejado a Alejandro retirarse constantemente, y avanzaba derecho sobre Moscú. En Drissa, en la embocadura de este pequeño río en el Dwina, el emperador de Rusia había sido salvado por un italiano, de Módena, condecorado con la orden de San Mauricio, que había abandonado Italia cuando la inva-

sión. Era el marqués Paulucci. Había llegado a Rusia cinco o seis años antes, como coronel, y había llegado a teniente general, caballero de las órdenes de Santa Ana, San Wladimiro y San Jorge, gobernador de Georgia, ayudante del emperador y cuartel maestro del gran ejército mandado por Alejandro I. Había dicho claramente al emperador que en vez de mandar a sus tropas se fuese a Moscú a levantar los espíritus. El sistema de retroceder desagradaba profundamente a las tropas, tanto que dos regimientos, cerca de Vilna, se rehusaron a retirarse. Cuando el emperador les ordenó que retrocediesen, les dijeron a gritos que lo traicionaban, que le aconsejaban absurdidades. Alejandro I, para no comprometer su autoridad, alejó al marqués Paulucci con una misión imaginaria. Luego reunió a sus generales y les preguntó cuál era su parecer. Todos le contestaron que el marqués Paulucci tenía razón. “¿Y por qué no me lo dijeron?”. “Porque no nos atrevimos”. Uno de los generales añadió: “Señor: su sola presencia paraliza cincuenta mil hombres, pues no bastan menos para cuidar su persona”. Entre el 6 y el 18 de junio, el emperador dejó el ejército y se fue a Moscú.

Maistre refiere que el entusiasmo en Moscú era indescriptible. El comercio entregó al emperador diez millones de rublos y le prestó cincuenta al seis por ciento. Muchos nobles le donaron sumas enormes. Paulucci volvió a aconsejar a Alejandro I. Pero el retroceso de los ejércitos rusos continúa imperturbable y Napoleón avanzaba cada vez más en el centro de Rusia. Maistre era contrario a esa manera de operar. La creía fatal. En combates aislados, los rusos obtenían victorias a costa de heroísmos fabulosos. Maistre pensaba en una próxima batalla que sería definitiva y lo hacía palidecer. No había, decididamente, ningún talento capaz de oponerse a Napoleón que combatía a la vez sobre el Dwina y el Tajo. La única salvación era confiar el ejército ruso a Kutusoff, nombrado mariscal, con el marqués Paulucci como cuartel

maestre general, y con la condición inquebrantable de que el emperador no se dejase ver en el ejército.

Kutusoff había perdido la batalla de Austerlitz. En realidad no la había perdido. La había dejado perder porque nadie se había atrevido a decirle al emperador que se iba a perder. Paulucci había hablado al emperador con una franqueza impresionante, y el emperador se lo había agradecido. Napoleón, entre tanto, marchaba derecho sobre Moscú. Maistre informaba al gobierno de Cerdeña que el entusiasmo de los rusos era inmenso. Alejandro I recibía incontables donaciones. Napoleón se había engañado en todos los aspectos. No había podido hacer nada de lo que se había propuesto. No había dado una batalla definitiva, no había impedido la unión de los dos ejércitos, no había subleado a los pueblos más que en su contra. Y también se había engañado respecto a la disposición de Rusia. “Todos los libros —decía Maistre— están llenos del despotismo y de la esclavitud rusa. Puedo asegurar —agregaba— que en ninguna parte el hombre no es más libre ni hace más lo que quiere”. El gobierno arbitrario encerraba muchas formas republicanas. La teoría de los grados permitía al hombre más humilde alcanzar los más altos cargos. La esclavitud tenía muchas compensaciones y no excluía el entusiasmo nacional. El único enemigo de Rusia era el gobierno, el mismo emperador que se había dejado seducir por “las ideas modernas, sobre todo por la filosofía alemana, que es el veneno de Rusia”. Se había despojado de una parte de su autoridad para dar más libertad a sus pueblos, y sus ideas constitucionales, según Maistre, lo conducían a su ruina.

En septiembre de 1812, Maistre informó a su rey que la batalla de Smolensko había durado tres días y que en ella Napoleón había perdido veinte mil hombres. Napoleón había dicho: “Se tomará esa bieoca o todo el ejército sucumbirá”. Los franceses habían quemado los suburbios; los rusos, al abandonarla, quemaron la ciudad.

Kutusoff, el jefe de la resistencia, tenía setenta años. Era grueso y pesado, pero fino y cortés. Estaba desfigurado por una espantosa cicatriz. Una bala le había atravesado la cabeza oblicuamente y salido por un ojo. Veía poco. Durante la guerra de Turquía había tenido una amante de Moldavia que, según voces, estaba a sueldo del sultán. El príncipe Kutusoff era, en esos momentos, el hombre más indicado para hacer frente a Napoleón. Primero se decía: "¿Qué hacer con un general ciego?". Pronto se dijo: "Dios mío: ve bastante". Era, virtualmente, el emperador del ejército ruso. Había puesto, como condición, que Alejandro I no se presentase en el ejército y que su hermano, el gran duque, se retirase. Su estrategia había sido retroceder. Maistre estaba seguro que muy pronto se oiría tronar el cañon en Moseú.

Napoleón estaba desconcertado. Contaba con una paz fulminante y se veía obligado a alejarse cada vez más de sus grandes centros. En Smolensko había hecho bajar del caballo y fusilar frente a él a un coronel que no había avanzado con su cuerpo. Los soldados no estaban calzados. Desertaban en grupos de a cincuenta y se lamentaban, sobre todo, de la falta de zapatos. En San Petersburgo se temía la llegada de Napoleón. Todo el mundo había hecho sus equipajes, empezando por la corte. Las jóvenes del Instituto de Santa Catalina, unas quinientas señoritas, habían recibido la orden de estar listas para partir. Maistre tenía reservado un lugar en una especie de goleta cargada de bronce, cuadros, platerías, que debía huir por los lagos y los ríos. Un desastre podría significar la caída del emperador.

En esos momentos, la corte de Viena, o sea, el príncipe de Metternich, estaba arrepentida de su alianza con Napoleón. En España, Wellington y los españoles hacían grandes progresos. En Rusia se habían perdido ocho provincias, siete millones de hombres y cuarenta millones de rublos. Entre Vilna y Moseú la tierra estaba arruinada por veinte años. Las más grandes fortunas se habían hundido. Los impuestos llevados

al máximo. Los campesinos convertidos en soldados. Hasta Napoleón tenía miedo del mal que había hecho. El general Berthier había dicho a un parlamentario ruso que Napoleón no olvidaba su amistad con el emperador Alejandro y proponía restablecer los gobiernos rusos en las provincias ocupadas. Los aldeanos, librados de sus señores, sin saber qué hacer, enloquecidos, huían a los bosques como animales salvajes. Las princesas Dolgoroucky y Gallitzin contaban ellas solas con más de veinte mil campesinos.

El miedo de Maistre era que los pueblos avanzasen demasiado en sus ideas de que era posible cambiar de reyes como de medias o de camisa. El zar Alejandro se creía inútil para su pueblo puesto que no era capaz de mandar a su ejército. Maistre opinaba que un soberano podía considerarse feliz si sabía poner a los hombres en los lugares que les correspondía. El ejército no admitía gente de la corte. El general Barclay de Tolly había alejado a los ayudantes del emperador. Mientras los ejércitos se degollaban en las puertas de Moscú, esos militares se paseaban ociosos en los muelles de San Petersburgo. Cuando se hablaba del marqués Paulucci, los rusos decían: "Preferimos ser vencidos por los franceses antes que ser salvados por un italiano".

El 14 de septiembre, Maistre escribió a su gobierno que el príncipe Kutusoff, antes de alejarse de la capital, en la noche del 20 al 21 de agosto, dijo a su mujer: "Nos volveremos a ver felices, o nunca más". Se arrodilló en el suelo y, llorando, se encomendó a Dios. Así llegó la batalla de Borodino, un pueblo insignificante, que no figura en los mapas, pero tiene un renombre inmortal. El 3 de septiembre, Kutusoff hizo traer la Virgen milagrosa que había salvado en Smolensko y dijo a sus soldados: "Hermanos: no hay más que ustedes entre el enemigo y la ciudad santa de Moscú". En ese instante, un águila rozó el sombrero de Kutusoff. El ejército gritó: "¡Hurrah!". El 5 de septiembre hubo un gran combate; el 6 de septiembre hubo tanteos, y el 7 fue el día

de la providencia. A las cuatro de la mañana, mil quinientos cañones rusos arrojaban sus balas sobre los franceses. Napoleón dijo: "O mi ejército desaparecerá o tomaré esa batería". Los rusos dijeron: "Moriremos todos, pero no pasarás". Cinco veces la batería fue tomada y perdida. Treinta mil hombres perdieron los rusos; sesenta mil, los franceses. Los sobrevivientes contaron que la tierra temblaba y que "los que vieron esa batalla tienen una idea del infierno". Napoleón fue derrotado.

La gran victoria de Borodino costó a Rusia casi todo su ejército. El zar recompensó a Kutusoff nombrándolo mariscal y regalándole cien mil rublos. Otros cien mil fueron dados al príncipe Bagration. Los soldados recibieron cada uno cinco rublos. Pero Napoleón seguía avanzando, y los rusos retrocediendo. Maistre pensaba que si los franceses llegaban a Moscú se reproduciría alguna escena antigua, como las de Sagunto o de Numancia. España ofrecía el recuerdo de los heroísmos más grandes de la historia. Los franceses recibían sus provisiones desde Alemania. Las pérdidas de los rusos habían sido impresionantes. Kutusoff había pedido diez mil hombres para enterrar a los muertos. El príncipe de Woronzoff, que mandaba ocho mil granaderos, trajo menos de cuatrocientos. La existencia de Rusia se estaba jugando a cara o cruz. Una nueva derrota y Rusia habría debido aceptar una paz innoble.

La gran noticia fue comunicada por Maistre a su rey el 23 de septiembre de 1812. Kutusoff había abandonado Moscú y los franceses la habían tomado. Kutusoff no tenía fuerzas, mientras que Napoleón conservaba la reserva intacta y, en especial, la guardia. Antes de aceptar una segunda batalla, Kutusoff retrocedió hasta Moscú, pero el rayo lo siguió. Napoleón esperaba que, para salvar a Moscú, Kutusoff daría una segunda batalla. Habría sido el fin del ejército ruso; pero Kutusoff la abandonó y los franceses podían ser rodeados por los rusos. Maistre decía: "Si se pierde una nueva batalla, todo el mundo perecerá". En Rusia se estaban for-

mando nuevos ejército. Además, tenían un aliado terrible: el implacable invierno.

La retirada de Moscú, por el gran ejército de Napoleón, fue descripta, en términos dantescos, por el marqués de Caulaincourt. Los muertos y heridos quedaban por el camino y los carros que huían del invierno pasaban sobre ellos destrozando piernas, brazos y cabezas. Napoleón pudo cruzar Alemania, disfrazado, y entrar en Francia, dispuesto a formar un nuevo ejército. Había empezado la pendiente de su gloria. En Rusia, Maistre, como si hubiera salido de una horrenda pesadilla, volvía a pensar en los problemas de España. En octubre de 1812, escribía a un amigo: "No me ha dicho usted nada de los autores de la Constitución española. No la he leído todavía... Por lo que me han dicho los españoles, es una obra grotesca... Por lo demás, hay que dejarlos hacer; allí, como en otras partes los médicos y los abogados, harán sus bellos ensayos, pero la naturaleza de las cosas los traerá de nuevo a la gran ruta de lo posible; es ya mucho que se hayan abstenido de las exageraciones francesas...".

Maistre, al igual que en otras oportunidades, insistía en que la Constitución española de 1812 no tenía ninguna influencia francesa. Muchos historiadores españoles que la han estudiado, en otros tiempos y en el presente, han insistido en hallarle reminiscencias francesas. Otra escuela española, en cambio, sostiene que la Constitución liberal de 1812 se inspira en la tradición hispana. Ni unos ni otros han citado la opinión de Maistre, tan autorizada por vivir en aquellos momentos y hacer afirmaciones tan rotundas.

Rusia creía ser la única esperanza del mundo en 1812. Posiblemente lo era. Napoleón hizo hablar de paz a Kutusoff; pero el mariscal le contestó que no podía oír esa palabra mientras los franceses pisasen el territorio ruso. Los prisioneros eran enviados a Siberia. Pertenecían, como sabemos, a todas las nacionalidades. Marchaban descalzos y morían de

frío en el camino. Una carta de Napoleón a Alejandro I no había tenido respuesta.

La contraofensiva rusa estaba decidiendo el destino del mundo. El conde de Wittgenstein aumentaba cada día su reputación. Había salvado San Petersburgo. Hombre de sociedad, sobresalía, mágicamente, como general. La lucha contra los franceses no podía ser más atroz. Napoleón quemaba todo al retirarse. Por su parte, los cosacos hacían matanzas horribles. Napoleón sólo dejó, en su retirada, quinientos caballos que no tuvo tiempo de matar. De noche, su artillería avanzaba a la luz de las linternas. Le quedaban ochenta mil hombres con los cuales podía rehacer su ejército. Maistre pensaba que Napoleón podía ser asesinado por los propios franceses. Rusia ya había perdido doce provincias, siete millones de habitantes, ochenta y cuatro millones de rublos y su capital incendiada. Demasiado caro había costado derrotar a Napoleón.

El caso de Moscú era único en la historia del mundo. Los rusos habían quemado las tres cuartas partes de la ciudad. Napoleón, en venganza, había hecho saltar el Kremlin, es decir, el Castillo, la Fortaleza. Las minas sólo habían respetado la catedral y una gran torre llamada Ivan Veliki, Juan el Grande. Edificios, muebles, estatuas, cuadros, libros, obras preciosas, todo había sido devorado por las llamas. Maistre recordaba, entre sus amigos, al conde Alexis Razumofsky que había perdido su palacio de cuatro millones de rublos, un jardín botánico único en Europa y una biblioteca cuyo catálogo de ediciones del siglo XV formaba un volumen. Hoy cualquiera de esos incunables cuesta una fortuna. Otro amigo, el conde Boutourlin, perdió una biblioteca de un millón de rublos con un catálogo que era un grueso volumen in octavo impreso en París. También habían desaparecido otras importantísimas bibliotecas y una colección de estampas valuada en ochenta mil rublos. Fortunas fabulosas se habían convertido en humo. Señores feudales con miles de campesinos habían visto a sus siervos dispersos por los montes y convertidos

en guerrilleros. Así se había derrumbado Moscú, la ciudad santa de los rusos. San Petersburgo no podía sustituirla. Esta era una ciudad más parisina que rusa. En ella, decía Maistre, "todos los vicios danzan sobre las rodillas de la frivolidad".

Entre tanto, Napoleón, en un coche cerrado, con Murat y Berthier, corría hacia París en medio de su guardia de veinticinco mil hombres. El demonio de Napoleón podía volver y Rusia no estaba en condiciones de hacerle frente otra vez.

La retirada del gran ejército de Napoleón era una siembra de cadáveres. Los cosacos, que los perseguían, no encontraban más que muertos y heridos. En Heilsberg habían podido salvar a trescientos rusos encerrados en una iglesia a la cual se había prendido fuego. El avance de los rusos era continuo. En la carrera de los que huían y de los que perseguían, los cuervos volaban sobre los cadáveres. El primero de octubre de 1812, el ejército de Napoleón tenía más de cincuenta y dos mil enfermos y había perdido más de cien mil muertos y setenta mil prisioneros. Los noventa mil que quedaban huían semidesnudos y sin alimentos. La obstinación de Napoleón, su empeño en no escuchar jamás un consejo, habían producido estos desastres. Los franceses, en su hambruna, habían llegado a comer carne humana. Los prisioneros, sin embargo, se mostraban altivos e impertinentes. De Napoleón ninguno se quejaba. A lo sumo reconocían que era demasiado ambicioso. Un prisionero, veterano de innumerables batallas, medio muerto de hambre, al ser invitado a comer un almuerzo estupendo, con ricos vinos, ofrecido por un noble ruso, se puso a temblar y a balbucir: "¿Es posible que un oficial ruso me haga el honor de invitarme a esta comida después de todos los horrores que nosotros hemos cometido?".

El emperador había nombrado al almirante Tchitchagoff jefe del ejército que perseguía a Napoleón. En un principio, los eternos críticos decían que el almirante estaba anclado o

tenía el viento contrario; pero lo indudable es que el gran ejército francés estaba envuelto, sin esperanzas de salvación. Corrían fábulas y exageraciones. No faltaba quien decía que Napoleón se había envenenado en un ataque de epilepsia. Lo indudable era que el almirante, de setenta años, que no podía subir a caballo y avanzada en trineo, hacía correr a los últimos franceses. Al mismo tiempo se sabía que el incendio de Moscú había sido calculado estratégicamente para derrotar a Napoleón con el hambre y el frío. El conde de Rostopchin, antes de dejar Moscú incendiado, había hecho abrir las cárceles y retirar las bombas para apagar fuegos. Lo que se censuraba era que su casa no había sido incendiada y que su biblioteca no había perdido un libro. . . Napoleón había hecho lo posible para apagar el incendio; pero de diez mil casas no habían quedado dos mil. A todos los incendiarios que había podido tomar, Napoleón los había hecho fusilar y colgar con un cartel que decía: "Incendiario". También había hecho matar a muchos de sus soldados; pero todo había sido inútil. Maistre aseguraba que después del incendio de Roma, la humanidad no había visto nada semejante. Las llamas iluminaban inmensas distancias. Cuando Napoleón pidió que le trajeran al jefe de la ciudad o a alguien que mandara en ella, sólo se pudo encontrar al encargado de una casa de huérfanos, que no había huído, y al cual hubo que poner un traje para presentarlo al emperador. La iglesia católica de San Luis no se había quemado. Un pope tuvo permiso, del sacerdote católico, para cantar un *Te Deum* en honor del emperador, en el día de su cumpleaños. Fuera, los franceses corrían entre las llamas saqueando la ciudad.

Napoleón nunca llevaba sacerdotes en sus ejércitos, ni ningún signo de culto. En Moscú, en las seis semanas que habían vivido en ella los franceses, sólo cinco o seis oficiales de la antigua nobleza habían ido a misa. En todo el resto del ejército no había uno que supiera qué es Dios ni qué se quería decir con esa palabra. En las calles, el vino se mezcla-

ba con la sangre. Muchos infelices eran degollados en medio de las llamas. La explosión del Kremlin había hecho saltar la gran campana de Ivan Veliki. La gran cruz de esta torre había sido hecha arrancar por Napoleón y llevada a París como trofeo.

Los cosacos, en su persecución implacable, capturaban miles de prisioneros y les quitaban lo que habían saqueado. Sin saber qué hacer con tantas riquezas, las vendían a precios irrisorios. El desastre de Napoleón había sido su empeño en avanzar. Con los cañones que los rusos le habían sacado, pensaban levantar un monumento recordatorio en Moseú. Las pérdidas de Napoleón aumentaban diariamente: en cuatro o cinco meses había perdido cien mil hombres y mil piezas de artillería. Para cruzar el Berezina había tenido que abandonar casi todo el botín de Moseú y unos miles de hombres. Había hecho saltar los puentes, y cuando le enseñaron las tropas que aún debían pasar, exclamó: "¡Qué me importan esos zapos! Que se las arreglen, como puedan". En Vilna había perdido otros treinta mil hombres y cuatrocientos cañones. Al cruzar el Niemen no le quedaban más que unos mil quinientos hombres medio desnudos y hambrientos. El y esos infelices huían como bandidos. Y pensar que había entrado en Rusia con un inmenso ejército, mujeres, niños y obreros para fundar una colonia francesa... El incendio de Moseú había salvado el mundo. Maistre decía: "Richelieu aconsejado por Maquiavelo no habría podido inventar nada más decisivo que esa espantosa medida". La derrota de Napoleón podía compararse a la de los sarracenos, por Carlos Martel; a la de los hunos, por Clovis, o a la de los cimbrós y teutones, por Mario. En realidad, les era superior. Desde Moseú hasta la frontera, los cadáveres franceses obstruían los caminos. Los sobrevivientes iban muriendo de hambre y de frío. Cuervos, lobos y hombres muertos, este era el cuadro.

Los prisioneros, capturados como bestias feroces, alimentados con inmundicias, despedían un olor tan fétido que tres

o cuatro hacían inabordable cualquier habitación. Los pozos de Moscú estaban llenos de cadáveres franceses. Hubo que cegarlos con materiales y abrir otros nuevos. Para quemar los caballos muertos hacían falta enormes cantidades de árboles.

El mundo, ante estos hechos, no sabía cómo reaccionar. Las noticias más absurdas y contradictorias corrían por Europa y hasta llegaban a América. Nadie sabía qué actitud asumiría Austria ni qué harían los franceses. Napoleón, en Moscú, se había entretenido en redactar el reglamento del teatro de la Opera de París. Francia y España, ¿no llegarían a unirse bajo una sola corona? Maistre estaba preocupado por la Constitución española, obra de abogados. Deseaba que el Papa fuese restablecido en Roma, y los Borbones, en Francia y en España. Los rusos habían entrado en Berlín y firmado una alianza con el rey de Prusia. Alemania escapaba de las manos de Napoleón; España no le daba más nada. En Europa, la crisis económica hacía pensar en la necesidad de emitir billetes europeos: proyecto que convendría realizarlo en los momentos presentes. Italia vivía dividida en pequeños Estados, enemigos los unos de los otros. "Inglaterra —decía Maistre— tenía sin duda buenos procedimientos, pero terribles y obstinados prejuicios. Es un extraño procedimiento —agregaba— el de echar a un aliado de su trono y revolucionar su país con esa manía absurda de las Constituciones, que es una de las más grandes locuras de este siglo el más loco". Maistre estaba convencido que la Constitución española era puramente de inspiración inglesa. Un anatema pesaba sobre todos los soberanos y los convenía de no creer en ellos mismos. Polonia había sido enteramente conquistada y un gobierno ruso se hallaba en Varsovia. Todo el norte de Alemania estaba libre. La sombra de Napoleón se alejaba. Renacían los ideales nacionalistas. La Universidad de Koenisberg había dirigido un mensaje a todas sus hermanas en el cual decía que no se trataba en esos momentos de ciencia, sino de subir a caballo, y los jóvenes se habían apresurado a obedecer. Europa, a la muerte

de Napoleón, terminaría su revolución negativa y comenzaría una revolución positiva. El mismo Napoleón estaba convencido que la guerra se había convertido en una guerra a muerte. Sólo Austria seguía inmóvil y Europa pensaba que el fin estaba próximo; pero que Napoleón, al encerrarse en Francia, tenía el poder de Luis XIV aumentado en un quinto. ¿Qué harían los aliados en contra de Napoleón? ¿Entrar en Francia? La dificultad no estaba en entrar, sino en salir.

Inglaterra exigía a Rusia que disminuyese los impuestos que había gravado sobre sus mercaderías en otros tiempos. Hecha la paz, los impuestos debían desaparecer o disminuir. No habían variado. Pero en Rusia se veían cosas increíbles. Mil doscientos españoles enrolados por fuerza en España, arrastrados a Rusia, desertados de las tropas francesas, helados y hambrientos, recibidos, vestidos y acuartelados por orden del emperador Alejandro, habían jurado, en la llanura de Czarko-Colo, fidelidad a Fernando VII, frente a un gran retrato, que en algo se le parecía, y a un altar. El ministro de España, Bardaxi-Azara había pronunciado un ardiente discurso donde recordaba los crímenes del infame Napoleón y había hecho jurar a los soldados fidelidad a la Constitución y al rey. "La libertad civil —había agregado— era el bien más precioso que el hombre podía disfrutar sobre la tierra". Y todo esto en medio de grandes aplausos y las sombras de Ana, Isabel y Pablo I que revoloteaban sobre el palacio. Maistre refería que, al mismo tiempo, el emperador de Rusia y su majestad prusiana habían declarado, en una proclama, que no combatían más que "por el honor y la libertad del hombre". Los gritos de los españoles que estaban por embarcar en navíos ingleses y repetían "¡Viva Fernando VII!" arrancaban las lágrimas.

Suecia había declarado la guerra a Dinamarca, pues quería apoderarse de Noruega. Napoleón contaba con treinta millones de franceses que lo sostenían. El mundo estaba cambiando, no sólo políticamente, sino en sus grandes ideales.

Veinte años antes, unos hombres habían declarado la guerra a los tronos; ahora eran los tronos los que hablaban de Constituciones y libertad civil. El conde Kwostof había llegado a componer una oda dedicada al rey de Cerdeña, al rey de las dos Sicilias, al regente de Inglaterra y a las Cortes de España. Y entre tantos desastres, había que reconocer que Napoleón había demostrado un gran ingenio al salir con vida de la catástrofe de 1812. La devoción de los franceses a su emperador superaba lo imaginable. Cuando les pedía su sangre, todos gritaban "¡Vive l'empereur!".

Un día se supo que Napoleón se había rendido y que las potencias de Europa lo habían reconocido como rey de la isla de Elba, frente a la costa italiana. La isla de Elba es un lugar delicioso, una isla de ensueño, por su clima y sus flores. El emperador de Europa había sido convertido en rey de la más pequeña de las monarquías. Además, se le había reconocido una renta de seis millones. Napoleón era más rico que la mayor parte de las casas reales de Europa. Con esas riquezas, decía Maistre, podía comprar todos los canallas del universo. ¿Por qué se le había dado esa isla y no la de Botany-Bay que era más grande y más cómoda? Maistre veía un poco de misterio en todo eso, y si no había misterio, había mucha imprudencia. Napoleón no era hombre para ser dejado en una pequeña isla en el centro de Europa, con millones a su disposición.

Maistre defendía sus ideas absolutistas. A propósito de los concordatos con Roma, sostenía que el gobierno de la Iglesia católica es y debía ser nada más que monárquico; ese gobierno no era "de ningún modo despótico porque era absoluto"; las soberanías, todas, por su naturaleza, eran absolutas y no podían ser juzgadas por ningún poder; el papa era soberano en el reino espiritual, como el soberano era papa en la iglesia temporal; el deber de todo hombre era instruir a la soberanía mientras ella delibera, y obedecerle cuando ha tomado su partido, aún cuando se equivoca, pues nunca

se sabe si realmente se equivoca y quien la juzga la mata; si la soberanía quería violar las leyes, era asunto suyo y había muchos ejemplos de lo que podía ocurrir; pero siempre había menos inconvenientes en la obediencia que en la rebelión; un buen consejero debía hablar a los reyes de los derechos de los soberanos, y a los soberanos de la fuerza de los pueblos, en otras palabras: había que predicar a los pueblos los beneficios de la autoridad y a los reyes los beneficios de la libertad; la iglesia católica no podía ser gobernada por un concilio, ni una monarquía por un senado o unos estados generales; los concilios eran los parlamentos religiosos, así como los parlamentos eran los concilios políticos; si un papa rehusaba su asentimiento a una decisión, an unánime, de un concilio, ella se hacía nula en el acto, del mismo modo que un *bill* aprobado por las dos cámaras quedaba anulado si el rey se oponía; si el concilio se obstinaba había rebelión religiosa y el papa podía exterminarlo por una bula; en el otro caso, si había cisma político, el rey podía excomulgar el parlamento; por todo lo cual era una tontería sostener que el concilio estaba por encima del papa, puesto que no había concilio universal sin papa, ni parlamento sin rey.

Maistre era un absolutista convencido. Su horror a las ideas liberales, al parlamento y a la Constitución era muy grande. La Constitución propuesta al rey de Francia, Luis XVII, le parecía "un monstruo de impotencia, de indecencia y de ignorancia". Inglaterra no pedía otra cosa que hacer Constituciones, como acababa de demostrarlo en Sicilia. Era necesario, según Maistre, probar que la palabra Constitución no era más que una palabra; que el pueblo mejor constituido era el mejor gobernado; que era falso que en Cerdeña no hubiese leyes fundamentales, puesto que el rey se reconocía incapaz de cambiar, por ejemplo, el orden de sucesión; que la verdadera Constitución de un Estado era el carácter de la casa reinante y el de la nación. . . El príncipe no hacía las leyes, como no hacía los caminos: eran los magistrados, las

gentes de leyes, quienes hacían las leyes; el nombre del rey sólo estaba porque debía estarlo, como fuente y principio de todo. ¿Podía un rey tener interés en hacer malas leyes?... En cuanto a Luis XVIII no había vuelto al trono de sus antepasados, se había colocado simplemente sobre el trono de Bonaparte. La revolución había sido primeramente democrática, después oligárquica y más tarde tiránica; en esos momentos era real. El arte del príncipe debía ser reinar sobre ella y ahogarle abrazándola. Combatirla de frente habría sido exponerse a reanimarla y a ser derrotados al primer golpe. Maistre temía el avance de las nuevas ideas. "Tengo curiosidad, decía, por saber qué ideas llegarían con los jóvenes que volvían a Rusia". Los rusos habían querido tomar la ciencia por asalto; no había caso: la ciencia era una mujer honesta que no se dejaba forzar. También deseaba saber cómo cuarenta barbudos de provincia habrían podido dirigir al Estado gobernando con el emperador. Su oposición a los parlamentos y a los sistemas democráticos le hacían ver ese panorama como algo imposible. Admiraba al zar. El senado, el sínodo y la nobleza le habían otorgado el título de Bendito de Dios, pero el emperador lo había rechazado.

El Congreso de Viena se había inaugurado. Mucho se ha hablado de este Congreso que trató en vano de restaurar una época. Los muertos no vuelven; pero el Congreso creyó que podía hacer revivir miles de muertos. Por algo decía Maistre que en Rusia la gente se reía fuerte del Congreso. Era el mes de agosto de 1814. Austria y Rusia podían encontrarse en guerra. Por otra parte, Austria era enemiga del espíritu itálico. Cerdeña iba a ser despojada de un territorio que poseía desde novecientos años: el ducado de Saboya. Francia aspiraba a este ducado y al condado de Niza. Piamonteses y genoveses vivían separados por un odio de siglos. Los ingleses protegían a los genoveses. En Grecia el odio al papa era intenso. Napoleón, en su isla, jugaba al rey y predecía su resurrección. El reino de Nápoles, con Murat a la cabeza, era otra

absurdidad. En Saboya se apuñalaba el retrato del rey, se cerraban las iglesias y echaba a los curas. Maistre temía que Cerdeña fuese arrojada sobre las espinas de una Constitución. Venecia, que había dominado el mundo, no tenía más que sus góndolas. Hasta que un día se supo que Napoleón había salido de su isla Elba y había vuelto a Francia. En Lyon había declarado que aun en el caso de que él no hubiese vuelto, una nueva revolución era inevitable. Corría el mes de abril de 1815. Bonaparte podía decir a los franceses: "Vos veis donde os encontráis. Mis águilas os llevaban a los confines del mundo. Las flores de lys os humillan". Había renacido en Francia la esperanza en Napoleón. Así como Catón había dicho en otros tiempos: "Hay que destruir Cartago", era preciso decir: "Hay que destruir a Napoleón".

El regreso de Bonaparte podía significar una solución. Mucha era la gente que lo seguía por admiración, por amor o por temor. Todos formaban una falange peligrosa. Bonaparte haría aún muchos males, pero al fin, profetizaba Maistre, perecería. Los nuevos éxitos de Napoleón podrían salvar a Francia, pero no lo salvarían a él. Su fin era ineludible. Los prisioneros franceses que se hallaban en Rusia, a punto de ser devueltos, quedaban en sus prisiones. Murat había caído. Napoleón parecía una sombra. Los jacobinos se habían levantado, pero ello serviría para destruirlos. Los polacos hablaban de su reino y de una Constitución. En julio de 1815 se sabía en toda Europa que Napoleón sería capturado de un momento a otro. Hasta que un día, estando Maistre en la iglesia de Casan, donde se cantaba un *Te Deum* por la feliz entrada de Alejandro en París, se vio avanzar en medio de la ceremonia la ayuda de campo general del emperador en traje de viajero. En el instante se repitió en todas partes: "¡Lo han tomado! ¡Lo han tomado! ¡Lo han tomado!". Maistre cuenta la escena con emoción. El conde de Tolstoi, gran mariscal de la corona, se acercó a la emperatriz y le dijo algunas palabras que llenaron su rostro de alegría. Ella llamó al em-

bajador de Francia y le dio la noticia de la captura de Napoleón. El mundo había visto el último acto.

Maistre comentaba la resolución tomada por los soberanos de Europa de perdonar la vida a Napoleón. Sin embargo, Napoleón era visto por mucha gente como un criminal de lesa majestad. Había invadido Francia después de haber sido reconocido su nuevo rey por Europa entera. La idea expuesta en Inglaterra de hacer juzgar a Napoleón por representantes de todos los soberanos de Europa era seductora. Habría sido, decía Maistre, el más grande e imponente de los juicios que se habrían visto en el mundo. Se habrían podido desarrollar los más hermosos principios del derecho de gentes y, en cualquier forma, habría sido un gran monumento en la historia.

Maistre veía en todos estos hechos la precisión de la justicia divina. Francia se había hecho culpable, con su revolución, de las humillaciones que sufría. Había insultado a todos los soberanos en sus capitales; los soberanos se apoderaban dos veces de su capital. Napoleón había tomado en Berlín la espada y el sombrero de Federico II y los había enviado a París; los prusianos le habían tomado su sombrero y su espada en Jemmapes y los habían mandado a Berlín. La familia Bonaparte había querido apoderarse de los tronos de Europa y terminaba dispersa y prisionera de los tronos europeos. Maistre opinaba que en esos momentos el más grande cuidado de los reyes debía ser el de precaverse del espíritu revolucionario. El espíritu revolucionario se vestía con el espíritu filosófico. Con esta máscara era muy seductor. Los príncipes filósofos estaban engañados por una secta terrible que los aplaudía para perderlos. El Congreso de Viena debía ocuparse en extinguir el espíritu revolucionario. El problema, para muchos, consistía en hallar los medios de restablecer el orden tocando lo menos posible a los revolucionarios y a sus actos. Maistre afirmaba que el problema debía plantearse de otro modo: Hallar la manera de aplastar a los revolucionarios y sus actos sin exponer las legítimas soberanías. Si el partido

revolucionario, sentenciaba Maistre, salía sano y salvo, sin haber perdido nada del fruto de la revolución, el partido de la soberanía estaba hundido. Maistre no podía explicarse a qué podía conducir la manía constitucional. En todas partes se quería imitar el gobierno inglés, sólo útil en su país.

Europa vivía momentos dramáticos. La caída de Napoleón dejaba surgir las fuerzas aprisionadas del liberalismo y del constitucionalismo. Los pueblos querían Constituciones y libertad de comercio. El antiguo régimen se oponía a ambas cosas; pero la pujanza de esos deseos avanzaba entre las fuerzas de la tradición y los intereses de los monarcas. En Rusia, el conde de Kotchubey era el único, en el Consejo de Estado, que defendía la libertad de comercio. Maistre, en cuestiones económicas, también se inclinaba hacia la experiencia del comercio libre. Entre tanto, la política revelaba combinaciones insospechadas. Napoleón había enviado al emperador Alejandro un tratado en que las cortes de Luis XVIII, de Austria y de Inglaterra se daban una garantía recíproca contra los progresos de Rusia en Polonia. Los intereses eran los intereses. Napoleón había partido para Santa Elena, pero, en Londres, un doctor Frere había vaticinado, con citas combinadas del profeta Daniel y del Apocalipsis de San Juan, que Napoleón, en menos de dos o tres años, reaparecería en la escena del mundo con inmenso poder y establecería su trono en Roma. Maistre no veía ninguna esperanza de tranquilidad en el porvenir. Pensaba que Rusia no vivía en el año 1815, sino en el 1515. El movimiento religioso que agitaba a Europa llegaba también a Rusia y daba miedo a mucha gente. Se hablaba de la iglesia griega. En Rusia no había ninguna iglesia griega, pues ésta quedaba reducida a Grecia. Rusia tenía una iglesia aislada, sin supremacía civil, como Inglaterra. El patriarca de Constantinopla no podía dar ninguna orden en Rusia. La Sociedad Bíblica había ido a echar sus redes en Rusia. Nacida en Londres, tenía por fin traducir la Biblia en todas las lenguas del Universo y difundir su lectura sin ninguna explica-

eión. El año anterior, esa Sociedad había gastado cuarenta y dos mil libras esterlinas. Los rusos la habían recibido con avidez. Dos arzobispos, el ruso y el católico, se encontraban entre sus miembros. El ministro de cultos había propuesto al general de los jesuitas incorporarse a esa Sociedad, pero el jesuita se había negado. Según Maistre, la Sociedad Bíblica no era más que una máquina sociniana, establecida para derribar toda sociedad eclesiástica. Hoy sabemos que la Sociedad Bíblica no negaba, como Nelio Socino, en el siglo XVI, los dogmas de la Trinidad, de la Encarnación, del pecado original y hasta la divinidad de Cristo; pero lo indudable era que la misma iglesia anglicana estaba alarmada. En Rusia no se permitía a los católicos hacer proselitismo. Los jesuitas eran severamente vigilados. Sin embargo, en Rusia había diez millones de católicos. La interpretación extravagante de algunos textos de la Biblia había dado origen a la loca tribu de los rascolniks. En Inglaterra los conventos eran restablecidos; pero en Rusia se miraba cada vez peor a los jesuitas.

A fines de 1815, Maistre tuvo noticia del tratado llamado de la Santa Alianza. Había sido firmado en París entre los emperadores de Rusia y de Austria y el rey de Prusia. Sobre la Santa Alianza se ha escrito mucho y se ha dicho poco. En la Argentina explicó su verdadero carácter Augusto Barcia Trelles en sus estudios sanmartinianos. Nadie más comprendió su verdadero espíritu. No fue un tratado político, sino una convención religiosa. Los tres soberanos se reconocían como hermanos y como jefes de tres grandes familias cristianas unidas como una sola. Tenía frases como esta: "Jesus Cristo, nuestro Señor y nuestro Salvador, Verbo eterno, esplendor del Padre, tesoro de amor". El documento no contenía nada de dispositivo. Era simplemente lo que se llama una declaratoria. Especie de profesión de fe que no estaba firmada por ningún ministro. El redactor era el emperador de Rusia, escritor fácil y elegante, que había firmado el último.

El tratado de la Santa Alianza no agradó en Europa. Maistre lo censuró abiertamente en sus comunicaciones al ministro de Cerdeña. “Expresiones sacadas de los símbolos —le decía— de la liturgia y de los místicos y transportadas a la diplomacia no dejarán de hacer reír a toda la religiosa Europa. Una gran revolución religiosa —agregaba— es inevitable y Europa ya la ha comenzado”. El tratado de la Santa Alianza era una frase de esa revolución. Pronto sería inútil, pero, entre tanto, no lo era. El gran defecto del tratado consistía en que el espíritu que lo había dictado no era católico, ni griego, ni protestante; era un espíritu que Maistre estaba estudiando desde hacía treinta años y cuya descripción llenaría mucho lugar. Era bueno en las comuniones separadas, pero malo en la católica. Era el que debía fundir los metales para hacer en seguida la estatua.

Maistre nos explica a la perfección el espíritu del tratado de la Santa Alianza. Al mismo tiempo hace una comparación entre la revolución religiosa del protestantismo, del siglo XVI, y la de comienzos del siglo XIX. En el siglo XVI se negó los dogmas de la Iglesia para apoderarse de sus bienes. Fue un interés de la soberanía mal entendido. En el siglo XIX, ese mismo interés produciría una revolución contraria. A juicio de Maistre, los soberanos protestantes habían perdido la cabeza al sostener una religión, que llevaba al máximo el juicio particular y la soberanía del pueblo frente a otra religión que sostenía que contra un legítimo soberano, aunque fuese un Nerón, no se tenía otro derecho que el de dejarse cortar la cabeza diciéndole respetuosamente la verdad. Los príncipes protestantes del siglo XVI habían cambiado su religión para adquirir dinero; los del siglo XIX la cambiaban para conservar sus tronos. El rey de Prusia advirtió que no tenía más que un ejército y una democracia militar. Por ello se había arrojado en esa fraternidad religiosa del tratado de la Santa Alianza. El emperador de Rusia se ocupaba desde largo tiempo de religión. Los campesinos rusos vivían en una

ignorancia religiosa absoluta. Los avances de la ciencia en Rusia desmoronaban la religión. El clero vulgar no sabía nada ni contaba para nada. Los que leían el latín o el francés eran protestantes. No se les tenía en cuenta. Muchas personas de la alta aristocracia se habían convertido al catolicismo. El ministro de cultos, príncipe Alejandro Gallitzin, vigilaba a los jesuitas. Fue en medio de ese movimiento de ideas que surgió la convención cristiana del tratado de la Santa Alianza. Maistre opinaba que podía ser favorable a la tolerancia teológica y quería el acercamiento de las comuniones. El movimiento del Concilio Vaticano II estaba en sus gérmenes. Maistre observaba que las personas que más detestaban el catolicismo no tenían ninguna aversión por el protestantismo. La revolución que todos habían sufrido no era más que el prefacio de otra. Maistre aconsejaba tener mucha prudencia, revivir la educación religiosa y entregarla a sacerdotes. El restablecimiento de los jesuitas parecía tener la mayor importancia. Era necesario levantar una sociedad amiga contra sociedades enemigas. Los príncipes que no querían recordar que los hombres se hacen con niños, se arrepentirían un día, pero demasiado tarde.

Maistre confesaba que en 1796 le había sido fácil profetizar el fin de la *canallacracia*, pero que en esos momentos, fines de 1815, le era muy difícil entrever el futuro. Los jesuitas habían sido arrestados y desterrados en Rusia y en Polonia por la acusación de haber hecho conversiones. En cuarenta años no se habían atrevido a convertir a nadie. Cuando la ciencia, decía Maistre, penetra en un país no católico, las masas se vuelcan al deísmo y un pequeño grupo se acerca al catolicismo. En los países protestantes no quedaba uno solo ilustrado: todos se hacían socinianos, excepto una multitud más o menos numerosa que estaba dando un gran espectáculo al mundo. El culto católico había sido suspendido en Rusia. Hacía tiempo que el filosofismo moderno no tenía una victoria tan grande sobre el cristianismo en general. Cosa extraña,

reflexionaba Maistre: mientras los soberanos católicos expulsaban a los jesuitas, Rusia los acogía; cuando los antiguos soberanos los reclamaban, Rusia los desechaba. Era un depósito que devolvía. Alejandro no había, en realidad, expulsado a los jesuitas de sus territorios: los había alejado de las dos capitales. Era el monarca, en Europa, que tenía más preveniciones en contra de los jesuitas; sin embargo, los había dejado tranquilos en Rusia durante catorce años. Los jesuitas no habían sido maltratados personalmente. El emperador, a juicio de Maistre, los había alejado para dar una satisfacción a muchos de sus enemigos. Unos dominicos, campesinos polacos, habían substituido a los jesuitas. El protestantismo, el socialismo y el iluminismo se habían unido en contra del catolicismo. Maistre advertía todos estos hechos y, además, no sabía cómo interpretar el espíritu ni los fines del tratado de la Santa Alianza. En enero de 1816 refería que una vieja dama de honor rusa había encontrado ese documento demasiado místico. En el artículo undécimo, los tres soberanos se declaraban miembros de una misma nación cristiana compuesta de tres ramas. Sin embargo, si uno de esos hermanos hubiese querido profesar la fe del otro habría tenido graves inconvenientes. Al final del documento se leía: "Por la copia, conforme, Alejandro". "He aquí —decía Maistre— ciertamente, un secretario de buena cuna".

Un mes más tarde, en febrero de 1816, Maistre daba nuevos informes acerca del espíritu del tratado de la Santa Alianza a su ministro en Cerdeña para que los transmitiese al rey. Ante todo había que tener en cuenta y saber distinguir a los iluminados o alumbrados. Con esta denominación se solía aludir a quienes profesaban doctrinas secretas, tanto a los discípulos de Weisshaupt, de Baviera, que soñaban con la extinción del cristianismo y de las monarquías, como a los de Saint Martin, cristianos exaltados. Estos últimos pensaban que el cristianismo rechazaba los misterios inefables que no eran inaccesibles al hombre. En Alemania esta doctrina tenía

el nombre de cristianismo transcendental. Sus adeptos creían que, en sus orígenes, el cristianismo era una verdadera iniciación y que los sacerdotes habían dejado escapar los divinos secretos. Por ello no había verdaderos sacerdotes y el mismo Saint Martin, con toda la piedad que llenaban sus libros, había muerto sin llamar a un sacerdote. El odio de estos cristianos a toda jerarquía sacerdotal era el carácter que más los distinguía. Además, creían en la preexistencia de las almas y en el fin de las penas del infierno. Eran los dogmas de Orígenes. Maistre estaba tan compenetrado del pensamiento de estos hombres que le bastaba hallar en un escrito una sola sílaba, para reconocerlo. Pues bien: este iluminismo del cristianismo transcendental era el que, según Maistre, había dictado el tratado de la Santa Alianza, sobre todo las frases extraordinarias del artículo primero. San Petersburgo y Moscú estaban llenos de estos iluminados. Por otra parte, no se hallaban muy lejos de los católicos. Si bien despreciaban a su clero, se acercaban en cambio a los místicos católicos. Entre unos y otros había muchas analogías. Leían por igual a Santa Teresa, a San Francisco de Sales, a Fenelón y a madame Guyon. Los enemigos del iluminismo y del catolicismo decían que esos iluministas terminarían por hacerse católicos.

Los alumbrados o iluminados por una parte se acercaban con los místicos al catolicismo y por la otra se aproximaban a los cristianos relajados o deistas alemanes que distinguían la religiosidad de la religión. En la religiosidad incluían ciertos dogmas fundamentales que se referían a la esencia de la religión, y en ésta involucraban los dogmas particulares de cada comunión que no tenían nada de esencial. Hacían lo posible para acercarse al emperador de Rusia y empezaban a lograrlo por medio de mujeres.

El tratado de la Santa Alianza no tenía un título. Maistre lo explicaba fácilmente: los monarcas que lo habían firmado no conocían en toda su amplitud los deseos de quienes lo habían dictado, y éstos se cuidaban mucho de explicarlo con

claridad. Maistre opinaba que el título que le correspondía era este: *Convención por medio de la cual tales y cuales príncipes declaran que todos los cristianos no son más que una familia que profesa la misma religión y que las diferentes denominaciones que los distinguen no significan nada.*

Esas ideas, explicaba Maistre, no eran nuevas. Los conceptos de dogmas fundamentales y no fundamentales, de Iglesia universal y de cristianismo general habían sido inventados por los protestantes. Fueron deshechos por los teólogos católicos del siglo XVII, pero los rusos, ajenos a esas controversias, los consideraban una gran novedad. Maistre estaba de acuerdo en la declaración de que los reyes reinaban por autoridad divina. Ya sabemos que era un absolutista convencido y consideraba el fin de una época la expansión de tantas ideas nuevas. En cuanto al rey de Cerdeña podía firmarlo con la aclaración de que lo hacía sin perjuicio de su perfecta sumisión al dogma católico. El emperador Alejandro veía a los católicos como una secta sospechosa. Se había hecho orgulloso y lleno de confianza en sí mismo. Cerdeña tenía en él a un amigo frente a Austria que quería avasallar cada vez más a los Estados italianos. Ningún católico podía acercársele con sus consejos. Los católicos no contaban en Rusia más que con un obispo que había sido protestante y oficial de caballería, “y que debería seguir siéndolo todavía”, añadía Maistre. El mejor juicio sobre el tratado de la Santa Alianza lo dio un portugués, director del periódico *O Português*, que se publicaba en Londres, en febrero de 1816, en el número XXII, en las páginas 407-408, citado por Maistre. Dijo: “En verdad que este tratado es uno de los más extraordinarios, por la forma y por el fondo, que jamás se haya mencionado en la historia diplomática: por la forma, es extranjero a todas las reglas ordinarias, puesto que no aparece en él ningún pleni-potenciario; los mismos soberanos lo hacen subscribiéndolo, manera extremadamente nueva; en fin, es un tratado que no tiene ni fin ni objeto esenciales. Los soberanos ¿quieren

dar al mundo un testimonio de la intención en que se hallan de conducirse constantemente de acuerdo con los preceptos de religión, de justicia, de caridad y de paz cristiana? Pero, ¿para qué todo esto? ¿No estaban obligados como cristianos a conducirse así? ¿Y el mundo entero no conoce el espíritu fraternal y evangélico que anima a esos graciosos soberanos? Polonia, Génova, Venecia, Lombardía, Bélgica, lo saben bastante. Es una amplificación inútil la de confiar esos sentimientos de tres monarcas a una hoja de papel; nunca nos instruirá tanto como sus obras". Era el escepticismo de un liberal que veía tanto cristianismo convertido en opresión de pueblos.

El temor a las constituciones asediaba a Maistre. En abril de 1816 supo que en Polonia se había aprobado una nueva Constitución en que se reconocían los derechos del pueblo y se afirmaba que el pueblo estaba representado por el rey. Para Maistre todas las Constituciones no eran más que ensayos vanos, pues era un axioma matemático que toda nación tenía el gobierno que merecía. Así, agregaba, todo lo que se puede hacer por una nación antes de haberla mejorado no significa nada y no tiene efecto o no produce más que mal; pero si se considera esas Constituciones como medidas políticas capaces de calmar, dirigir, satisfacer, distraer o engañar la imaginación de los pueblos, merecen todo género de elogios.

En los primeros meses de 1816, San Petersburgo se hallaba sumido en la tristeza. Las principales familias emigraban al extranjero. Cuando se hablaba de la gran coalición en contra de Napoleón, cada nación quería tener el mayor mérito. Maistre reconocía la iniciativa de España, que había devorado cuatrocientos mil hombres y tesoros inmensos a Napoleón. Inglaterra, Austria y Prusia tenían su parte. En cuanto a Rusia, indudablemente, había sido el gran sepulcro.

Maistre volvió a tratar el tema de los iluminados o alumbrados en una comunicación a su ministro fechada en San

Petersburgo en mayo de 1816. En ella declaraba que todo lo que había dicho sobre ese tema lo conocía a fondo, era lo que había visto, lo que había leído, lo que había copiado con su mano de papeles secretos. Había hecho las investigaciones más laboriosas. Por ello aconsejaba a su rey que tuviese sumo cuidado en no confundir los iluminados con los masones, y no dar más que un mismo y único sentido al término iluminados, puesto que el abuso del lenguaje lo aplicaba a sistemas muy diferentes. El iluminismo era lo que él había descrito en comunicaciones anteriores; corroer la religión nacional, ya limada por el protestantismo, por el catolicismo y por el rascólnismo. Este último partido, numerosísimo, acababa de recibir un impulso con la traducción de la Biblia en ruso vulgar hecha por la Sociedad Bíblica. Los iluminados estaban diseminados en toda Europa.

Napoleón volvía al recuerdo europeo por obra de los ingleses. Maistre se lamentaba de que lo mencionasen tanto. Exponían su busto en las comidas de gala; se sabía lo que hacía, lo que decía, las impertinencias que se permitía, los progresos que hacía en la lengua inglesa. "Había que hacerlo olvidar perfectamente", concluía Maistre.

La revolución seguía su camino. Se creía que los pueblos podían hacer los príncipes, y que los príncipes podían hacer otros sin mujeres. La primera opinión, la de la soberanía del pueblo, era, para Maistre, un error y una tontería; la segunda podía ser aún más peligrosa. Había que mantener los derechos irrevocables de la legitimidad y el derecho sagrado de la sucesión. En esos momentos estaban jugando a perder todas las familias soberanas de Europa una tras otra. Alemania e Inglaterra estaban en fermentación. Había pasado un año de la batalla de Waterloo. Por fortuna, el emperador de Rusia mantenía en pie un millón doscientos mil soldados. El ejército le costaba un millón de rublos por día, y las entradas no pasaban de cuatrocientos millones. El ejército estaba descontento y casi moría de hambre. La nobleza quedaba arruina-

da. Pero el emperador trataba de crear colonias de soldados que convertía en labradores y los casaba a todos. Al mismo tiempo aspiraba a libertar a los campesinos. Esto podía significar un espectáculo inconcebible. Tan extraño como la llegada de una corbeta de guerra norteamericana al puerto de Cronstadt. Traía los procesos hechos en Filadelfia al cónsul ruso, acusado de haber violado a una muchacha de doce años que cuidaba una niña suya. En Francia, entre tanto, se seguía hablando de Constitución: una Constitución mendigada a los ingleses.

A fines de 1816, Maistre ya sabía que debía abandonar Rusia para un nuevo destino. Sus últimas noticias eran siempre interesantes. Así informaba que, con motivo de sus cumpleaños, el emperador había aumentado el sueldo de sus oficiales y soldados. Era muy bajo comparado con el de otras naciones. Un general ruso ganaba lo que un capitán en Cerdeña.

La independencia de las Provincias Unidas en la América del Sud había sido declarada en la Argentina el 9 de julio de 1816. Esta noticia no aparece en la correspondencia diplomática de Maistre; pero lo que fluye en ella, constantemente, es el pensamiento absolutista de su autor. Temía por la suerte de las cabezas coronadas de Europa. Sabía que la revolución mundial en favor de las democracias y en contra de los absolutismos avanzaba a pasos gigantescos. En Rusia el emperador dejaba que el comité de los ministros gobernase, pero, por encima de ellos, estaba el conde Arraktcheieff, oficial de artillería. Era rico y no quería sueldo; no tenía necesidad de condecoraciones; se contentaba con el retrato del emperador. Y recibía honores militares como el mismo emperador y en los mismos lugares en que se encontraba. Un favorito como tenían tantas cortes.

Hemos dicho que la fecha del 9 de julio de 1816 no aparece en la correspondencia de este gran diplomático sardo; pero en Rusia se supo, en diciembre de 1816, lo que ocurría en América. Maistre trae la conversación que el zar Alejandro

tuvo con el ministro de Portugal, el comendador Saldanha-Gama. Se le acercó a la oreja y le dijo: "Estoy muy enojado por lo que ocurre en América". Saldanha le contestó: "Y yo, sire, estoy muy enojado por la interpretación que se le da en Europa". El emperador habló también con el ministro de España y le dijo que "después de todos los esfuerzos hechos para establecer la paz, ella era rota por España y Portugal". Zea se dijo que contestó: "Sire, nunca la paz será rota en el Sud de Europa". El comendador Saldanha escribió inmediatamente al conde de Capo d'Istria, uno de los ministros de relaciones exteriores, para pedirle una conferencia respecto a esa "brouillorio americaine". Maistre no supo lo que ocurrió. Lo que sí sabía era que había naciones que debían ser mal gobernadas. Esta proposición significaba que ciertas naciones no eran susceptibles de ser mejor gobernadas "y que si se les traía vanas leyes constitucionales, liberales, regeneradoras, lo único que ganarían sería perder su poderío". Todo en Europa era forzado, nadie estaba contento. ¿Cómo, un estado así, podía durar largo tiempo?

Maistre se quejaba que en Rusia el catolicismo fuese la religión menos tolerada. Hacía falta un buen nuncio en San Petersburgo. El arzobispo católico era un protestante disfrazado. El gobierno ruso había confiscado bienes de los jesuitas. En Varsovia, un sacerdote se había disparado un tiro en la cabeza apoyándola sobre el altar. Se había cerrado la iglesia y hecho grandes expiaciones. Pero en Alemania las conversiones al catolicismo aumentaban. El gran poeta Goethe se había hecho católico. "¿Quién nos habría dicho que el siglo XIX sería el de las conversiones?". Lo mismo había hecho el duque de Gotha.

En enero de 1817, Maistre escribió al ministro sardo un comentario sobre el infante de España a quien los delegados argentinos habían invitado a ceñir la corona. Su hermano había sospechado que sus súbditos rebeldes de América habían llamado al príncipe para que se pusiese a su cabeza. En caso de que esto fuera cierto, razonaba Maistre, ¿por qué lo había.

hecho detener en el camino? Y en caso que esos extravagantes lo hubiesen llamado, ¿qué prueba había de que el infante hubiese prestado la oreja a una infame proposición? Había en las órdenes del gabinete de Madrid una precipitación y una variación que daban mucha inquietud. Maistre reconocía que Su Majestad Católica veía los hechos con más claridad que lo que suponían tantos críticos extranjeros. Las Cortes, con la impetuosidad a menudo brutal que caracterizaba esas asambleas, habían castigado a ese desdichado príncipe con un golpe injusto. Nadie sabía lo que había podido reflejar en el espíritu de su augusto hermano. Todas palabras textuales de Maistre.

Estas noticias demuestran que la política de los enviados argentinos en Europa tenía sus repercusiones hasta en Rusia, donde era comentada y transmitida al ministro y al rey de Cerdeña.

Entre tanto, todos los países aumentaban el número de sus ejércitos. El protestantismo y el iluminismo hacían temer una revolución religiosa en favor de un cristianismo universal: idea que, en el Río de la Plata, expuso en su *Dogma socialista*, unos años más tarde, el poeta y ensayista Esteban Echeverría. Diarios del norte de Europa aseguraban que el rey de Cerdeña se preparaba para dar a su reino una Constitución, hecho que Maistre censuraba. También desagradaba a Maistre el hecho de que en Rusia la nobleza poco significase frente a los grados que cada persona alcanzaba por sus méritos. Esto era lo que diferenciaba a Rusia de los demás países europeos donde la nobleza seguía siéndolo todo. Maistre no tenía idea de lo que en esos momentos ocurría en ambas Américas.

En cambio, en febrero de 1817, Maistre informaba a su ministro del descubrimiento hecho en Baviera de la litografía o grabado sobre piedra o por la piedra, descubrimiento que, como el de la nave a vapor, había sido muy comentado antes de ser puesto en ejercicio. En Rusia había un navío a vapor que iba por el Neva de San Petersburgo a Cronstadt y viceversa desde el año anterior. Maistre opinaba que un navío semejante habría sido muy útil en los lagos y ríos de Italia.

Maistre se alegró, poco tiempo después, de que las noticias sobre una posible Constitución piamontesa fuesen falsas. También se sorprendió de que el rey de España hubiese condecorado con el Toisón de Oro al embajador ruso en Madrid, Tatischeff, bien conocido por el rey de Cerdeña en Italia. El famoso príncipe Potemkin, "de triunfante memoria", jamás había podido obtener esa condecoración a pesar de todo el ascendiente de su soberana.

Las rivalidades de Cerdeña con Suiza existían también en Rusia, entre el representante de Ginebra y Maistre. Este informaba a su ministro, en marzo de 1817, que Ginebra era la ciudad de la cual se había hablado más mal en el mundo. Y agregaba una página que conviene tener en cuenta para comprender las influencias suizas en la revolución francesa. Decía: "Toda la teoría de la revolución francesa está contenida en la protesta de los consejos, del año 1782; los instrumentos más activos de esta revolución, desde Necker hasta Marat, nacieron dentro de los muros de Ginebra. En 1796, en medio de los horrores de la revolución y al lado de los cadáveres todavía calientes de Fatio y de Naville, los autores ginebrinos de la *Biblioteca Británica*, elogiaban, en los prospectos de esta obra, el *período republicano* y todo lo que prometía al mundo... Ginebra es desde luego la metrópoli del sistema que sostiene la soberanía del pueblo y su derecho de juzgar a los reyes. Esto no tiene necesidad de prueba". Los innovadores levantaban la soberanía contra la soberanía; ponían la gloria y el honor junto a las ideas nuevas, y el ridículo al lado de las viejas máximas.

Mientras Europa sufría una inmensa escasez de trigo, Rusia tenía cosechas enormes y alimentaba a gran número de países. La economía rusa experimentaba un gran enriquecimiento. Maistre se lamentaba que la política rusa fuese poco conocida en Italia y repetía su obsesionante idea de que mientras el dogma, absurdo y funesto, de la soberanía del pueblo fuese públicamente reconocido, mientras durase la fiebre constitucional y mientras las sectas y sociedades secretas dividiesen

la gran masa de los espíritus, no creía que un hombre sensato pudiese vivir tranquilo. La Providencia era la única esperanza. Europa estaba siempre a las puertas de una revolución general. Además, la inteligencia alemana había empezado a trabajar.

En mayo de 1817, Maistre abandonó con su familia la ciudad de San Petersburgo. Creía morir en Rusia, pero la voluntad de su rey lo llamó a su tierra. En junio estaba en Copenhague y comenzaba a recordar los quince años que había pasado en Rusia. A fines de junio se hallaba en París. Aquí advirtió el arte que tenían los franceses de hacer valer todos los méritos con el empeño que se mostraba en otras partes para contrariarlos y ahogarlos. Cuando tuvo el honor de ser recibido por el rey, volvió a repetir su máxima favorita: "Hay que opinar siempre con el rey, aun cuando creamos está equivocado". En Versalles, en los salones donde había vivido Luis XIV con sus ministros —ese rey que entendía tan poco los derechos del hombre— se sintió tan emocionado que experimentó una especie de opresión. Maistre descubría, en París, la diferencia que existía entre el pueblo de esa ciudad y el de San Petersburgo: para uno, la admiración era un suplicio; para otro, una necesidad. Se sentía más optimista, con más confianza en el futuro; no veía tan trágicamente la lucha del liberalismo y del absolutismo. En agosto de 1817 llegó a Turín. Era el hombre que había sentido tan de cerca, en Rusia, el gran drama de la derrota de Napoleón.

#### BIBLIOGRAFIA

- BLANC, Albert: *Mémoires politiques et correspondance diplomatique de Joseph de Maistre, avec explications et commentaires historiques*, París, 1858.
- BLANC, Albert: *Correspondance diplomatique de Joseph de Maistre*, París, 1860.
- MAISTRE, José de: *Veladas de San Petersburgo*, Buenos Aires, 1943.

